

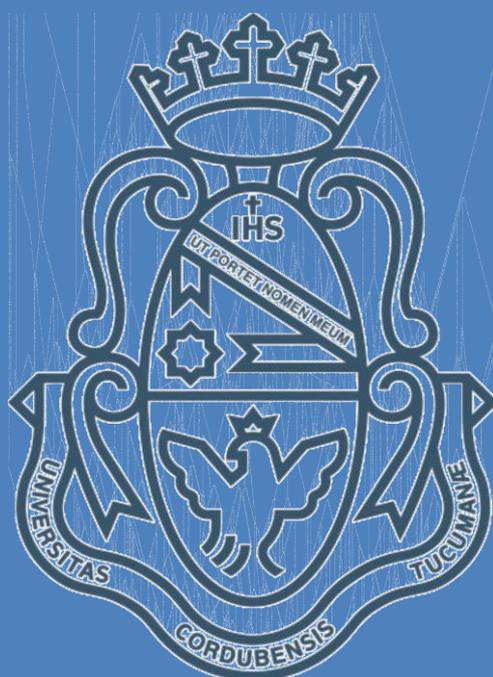
EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XX JORNADAS

VOLUMEN 16 (2010)

Pío García
Alba Massolo

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



La racionalidad del engreído

*Federico Matías Paulos**

En el capítulo 6 de *Putting Logic in its place*, David Christensen plantea el caso de un individuo cuya desproporcionada idea acerca de las propias capacidades intelectuales le permite, en un futuro (en virtud, entre otras cosas, de la confianza adquirida), aumentar sustancialmente su conjunto de creencias verdaderas, sin que por ello aumente paralelamente su conjunto de creencias falsas. Con este ejemplo, Christensen pretende apuntalar la tesis de que la mejora epistémica –uno de cuyos fines es comprender correctamente al mundo, para lo cual es mejor tener tantas creencias verdaderas y tan pocas creencias falsas como se pueda– es distinta de la racionalidad epistémica, atinente sólo a nuestros compromisos epistémicos y al cambio de creencias. Según Christensen, el engreído comete una falta propiamente epistémica. ¿Tiene Christensen razón? Veamos, antes, el caso.

El engreído. Imaginemos que alguien tiene una desproporcionada idea acerca de sus capacidades intelectuales. En particular, porque cree ser mucho más inteligente de lo que en verdad es. Imaginemos que esta idea errada acerca de sí trae aparejada, en el largo plazo –además de un aumento de confianza, un mayor éxito sentimental, un sueldo más abultado y, en general, una vida más feliz (o acaso, en parte, por eso mismo)–, un aumento considerable de su rendimiento intelectual, de modo tal que se le ocurren más y mejores ideas. Su conjunto de creencias verdaderas, como resultado de este proceso, llega a ser mucho mayor de lo que hubiera sido de no haber tenido originalmente esa idea equivocada acerca de sí. Su conjunto de creencias falsas, paralelamente, no es sustancialmente diferente a lo que hubiera sido de no haber suscripto inicialmente esa idea.

¿Comete o no el engreído una falla epistémica? Según Christensen, aunque la adopción de esa creencia falsa pueda haber sido una medida racionalmente correcta desde el punto de vista práctico o pragmático, supone una falta desde el punto de vista de la racionalidad epistémica. El engreído ha cometido una falta epistémica. Una vez más, conviene preguntarse si Christensen tiene razón.

Eso depende de cómo describamos la situación. Si lo que quiere decir es que el escenario podía haber sido mejor, porque podía haber tenido todas las creencias verdaderas que de hecho tiene

* CONICET - UBA - GAF

(y acaso también haber conservado cierta confianza en sí mismo), más una creencia verdadera que de hecho no tiene —la creencia inicial acerca de sus capacidades intelectuales reales—, entonces está en lo correcto. No es, al menos, lógicamente imposible imaginar una situación tal, en la que el actualmente engreído sea epistémicamente más virtuoso, pues incurrió en un error menos —al no evaluarse, en su momento, como más inteligente de lo que de hecho era. Decir que el engreído cometió una falta, en este sentido, es decir que podría —al menos lógicamente— haber protagonizado una escena mejor. El engreído podría haber estado más cerca del ideal, sea este ideal tener tantas creencias verdaderas como se pueda, o creer todas las verdades, o no forjar creencias sin contar con una base suficientemente buena —bajo el supuesto que la sola confianza en la propia inteligencia no basta para estar justificado en creer que se es muy inteligente, y que este de hecho fue el caso del engreído. Todo esto puede ser así. Pero estamos cambiando el escenario. El ejemplo del engreído supone que las únicas opciones para el engreído son ser lo que es, i.e., un engreído con gran efectividad epistémica, o cambiar, tener una idea más ajustada acerca de su propia persona, pero ser menos epistémicamente efectivo. Podrá recusarse al ejemplo por malo —por plantear una situación imposible, o por limitar arbitrariamente el número de opciones disponibles—, pero no se puede propiciar la alternativa ideal —conservar todas las creencias verdaderas, eliminar la creencia original y falsa o injustificada— sin abandonar el ejemplo.

De hecho Christensen parece decir más. Christensen afirma que, aunque al haber procedido como procedió, el engreído maximizó su conjunto de creencias verdaderas futuras —lo que no hubiera conseguido de no haber adoptado la creencia inicial falsa—, cometió una falta propiamente epistémica. Pero, como vimos, la opción de quedarse con todas las ventajas de ser un engreído —todas las nuevas ideas y todas las nuevas creencias verdaderas— y ninguna de sus desventajas —no haber tenido esa idea falsa original, o esa idea injustificadamente forjada— no es una opción que el ejemplo deja abierta. Tal como están planteadas las cosas, el engreído puede optar por ser un engreído —y obtener todos los beneficios de serlo—, o tener una adecuada idea acerca de sus propias capacidades intelectuales —y privarse de todos los beneficios de ser un engreído.² Si la acción epistémica correcta es la que más nos acerca al ideal epistémico, *y si es parte de ese ideal —o si es uno de esos ideales— el tener tantas creencias verdaderas como se pueda —sin aumentar por ello sustancialmente el conjunto de propias creencias falsas*, entonces el engreído actuó de modo epistémicamente correcto, porque obró de modo tal de estar más cerca de la realización de ese ideal. Más aún: haber actuado de otro modo habría sido un modo de proceder epistémicamente incorrecto, pues se habría actuado de modo tal de no estar tan cerca de ese ideal como se pueda —porque hubiera obtenido menos creencias verdaderas que las que hubiera obtenido de haber sido un engreído. Actuar de un modo contrario a un escenario ideal, lógicamente posible, pero que no es una opción abierta, es, en ciertas situaciones, la opción epistémicamente correcta.

Lo dicho dos párrafos atrás —que hay otro escenario lógicamente posible, fuera del ejemplo, en el que el protagonista del ejemplo, o su contraparte, se queda con todo lo que es deseable quedarse: todas las ideas nuevas y las creencias verdaderas que la confianza de ser un engreído traen aparejadas en el largo plazo, sin pagar el precio de tener una imagen errada acerca de sus propias capacidades intelectuales— señala lo que, aún quienes estamos inclinados a pensar que el engreído no parece haber actuado incorrectamente, reconocemos como cierta incómoda consecuencia planteada por el ejemplo —y por nuestra postura. El engreído, aunque haya actuado correctamente, parece, al mismo tiempo, “haber hecho algo mal”, o “haber violado alguna norma que regula la adquisición racional de creencias” —por más que esa norma sea secundaria, o esté subordinada a otras que, finalmente, hagan de la conducta del engreído un caso de comportamiento racional— o alguna otra cosa del estilo. Acaso apelar a cierta distinción establecida por Roderick Firth ayude a echar luz sobre esta situación.

Firth, en “Epistemic Merit, Intrinsic and Instrumental”, distingue dos tipos de méritos epistémicos. el intrínseco y el instrumental. Una creencia tiene mérito epistémico instrumental cuando contribuye causalmente al aumento de creencias con mérito epistémico intrínseco, y estas pueden ser las verdades, las justificadas o las que constituyen conocimiento —Firth es neutral al respecto— más que las creencias eventuales con las que “compite” (las proposiciones, contradictorias con aquella que se pasa a creer, que eventualmente podrían haber sido el contenido de alguna creencia del individuo). O, en una versión comparativa de esta propiedad, una creencia A tiene mayor mérito epistémico que una creencia B, cuando contribuye causalmente al aumento del cuerpo de creencias con mérito epistémico intrínseco más que lo que contribuiría B —cuando la adopción de A determina, en el largo plazo, más creencias verdaderas, justificadas o que constituyen conocimiento que B.^{3 4} Ambas notas son independientes —es decir, una creencia puede tener un tipo de mérito sin tener el otro. Así, una creencia verdadera —la que podría haber tenido el engreído acerca de sus reales capacidades intelectuales— tiene mérito epistémico intrínseco, pero no instrumental (porque no contribuye a aumentar el acervo de creencias verdaderas —asumimos que son éstas las creencias con mérito intrínseco— más que la creencia con la que “compite” —i.e., que sus capacidades intelectuales son las que de hecho son, o que no tiene capacidades intelectuales extraordinarias). La creencia del engreído, por el contrario, tiene mérito instrumental —aumenta, en el largo plazo, las creencias verdaderas—, pero no intrínseco —porque es una creencia falsa. Es incorrecto otorgarle mérito epistémico intrínseco, pero también lo es negarle mérito instrumental epistémico. Después de todo, las consecuencias de la adopción de esa falsa creencia son (¿cómo catalogarlas de otra manera?) epistémicas (más creencias verdaderas, más creencias justificadas, más conocimiento).

Se podrá señalar que la acción del engreído es incorrecta porque nuestro único deber epistémico es el intrínseco, o que el deber intrínseco es más básico o importante o central que el instrumental, pero esto deja sin explicar lo que hay de intuitivamente correcto en la acción del engreído. Quien defienda eso podrá replicar que no tiene esa impresión. Si ese es el caso, señalaré una vez más las enormes ventajas propiamente epistémicas —más creencias verdaderas, justificadas, más conocimiento, ideas nuevas, interesantes y estimulantes— de las que, *en el largo plazo*, dispone el engreído *precisamente por haber sido engreído* con respecto a sus propias capacidades intelectuales. ¿Por qué estas consecuencias serían indeseables?

Podemos distinguir, con las herramientas conceptuales de Firth, dos posiciones al respecto: la utilitarista y la purista. La primera sostendrá, al menos, que, *ceteris paribus*, en caso de conflicto, debemos privilegiar la creencia con mayor mérito instrumental y menor mérito intrínseco, por sobre la creencia con menor mérito instrumental pero mayor mérito intrínseco. (Más claramente: debemos privilegiar la creencia falsa y fructífera sobre la verdadera y estéril.) El purista, por el contrario, privilegiará el mérito intrínseco. El ejemplo del engreído parece dirigido contra él. Y el único modo del que parece disponer un purista para defenderse es insistir en su rechazo a aceptar como epistémicamente correcto toda creencia falsa. El purista podrá replicar que el ejemplo del engreído parece dirigido contra el purismo solo si no se es purista —o si no se tienen las impresiones que algún purista —o los puristas en general— parecen tener. Si ese es el caso, estamos meramente frente a un choque de intuiciones, y una situación de *impasse*. Puede ser. En ese caso, llamaré la atención sobre el hecho de que el ejemplo del engreído parece ser interesante porque se percibe una tensión, que no es fácil de describir sin abandonar cierta neutralidad. Acaso sea una tensión entre dos normas (la intrínseca —creer solo lo verdadero, o lo justificado, o lo que constituye, de creérselo, conocimiento— y la instrumental —creer aquello que redundará en un aumento de las creencias verdaderas/justificadas/que constituyen conocimiento), o dos fines o dos ideales. Me interesó describir y explicar esa tensión, identificar las intuiciones enfrentadas que algunos tenemos al pensar en el ejemplo, y presentar una imagen del mismo que reconozca, en la medida de lo posible, lo correcto de las intuiciones involucradas, y contribuya más que otras formas de verlo a disminuir las tensiones. (Las descripciones, conceptualizaciones y explicaciones, a veces, tienen ese efecto.) Si las cosas son tal como el purista las plantea, el ejemplo del engreído carece de todo atractivo. (O acaso tengo uno más limitado. el llamar la atención acerca de los errores a los que pueden conducir las intuiciones de algunos —los no-puristas, al menos (porque acaso pueda haber puristas con estas intuiciones, que elijan despreciarlas).) La mejor opción para el purista parece ser reconocer, de modo análogo a lo que un instrumentalista como quien esto escribe hace, que, al plantear una tensión de algún tipo, hay algo extraño en el propio dictamen. Pero mientras el instrumentalista —quien entiende que la creencia del engreído acerca de sus propias capacidades

es racional- debe aceptar que el engreído parece “hacer algo mal”, el purista –quien entiende que esa creencia del engreído no es racional, por falsa, por injustificada, (y por tanto) porque no constituye conocimiento- debería reconocer que el engreído “hace algo bien” al tener la creencia que tiene. Esto, no obstante, no debería traerle más problemas que al instrumentalista. Podría tranquilamente reconocer que la creencia del engreído tiene mérito epistémico instrumental, pero no intrínseco, y, como en caso de conflicto, debemos privilegiar la creencia con mérito intrínseco, no actúa de modo racional después de todo. Aunque sí, por ejemplo, cumple con alguna norma secundaria de la conducta racional –maximizar las creencias instrumentalmente meritorias desde el punto de vista epistémico, digamos

Pero, en general, los puristas reales⁵ no son concesivos. O bien creen que la creencia del engreído es racional en virtud de su carácter instrumental, o bien le niegan toda racionalidad dada su condición de falsa o injustificada.⁶ A esta última variedad de purista le resta explicar la tensión generada por el ejemplo en cuestión. (Ya no pueden hacerlo alegando que se viola una norma secundaria de la racionalidad epistémica, dado que le niegan toda racionalidad.) Frente a la primera variedad de purista, defendida por Eleonora Cresto,⁷ el instrumentalista debería argumentar de otro modo. La idea de racionalidad en cuestión –la racionalidad medio/fines- parece fuertemente ligada (si no es idéntica a) el modo más eficaz de lograr un cierto fin (O a modos suficientemente eficaces de lograrlo.) Ese fin –que puede –que suele- ser más complejo que meramente alcanzar tantas verdades como se pueda-⁸ es el que determina el tipo de racionalidad de que se trate. Si el fin en cuestión es epistémico, la racionalidad del caso será epistémica. Y tal es la situación del engreído. Por eso es correcta la afirmación de que su creencia es epistémicamente racional –desde el punto de vista instrumental.⁹

De todas formas, el purista sigue teniendo la obligación de explicar por qué aumentar el acervo de creencias verdaderas en el largo plazo (i) no es deseable, o no es (ii) un fenómeno propiamente epistémico. (Notemos cómo no es una respuesta disponible para el purista decir que no lo es porque el fenómeno epistémicamente relevante es el conocimiento o la justificación, y no la verdad, porque es posible construir ejemplos similares a los del engreído, en los que lo que se logra, en el largo plazo, es aumentar no solo las creencias verdaderas, sino también las creencias justificadas o las que constituyen conocimiento.)

Nada de esto supone negar que sea intrínsecamente deseable tener creencias verdaderas, justificadas (apoyadas en buenas razones) o conocimiento. Más aún, lo supone. Tampoco conlleva sostener que se debe privilegiar creencias instrumentalmente meritorias desde el punto de vista epistémico sobre creencias instrumentalmente meritorias en general. La actividad epistémica es parte de la actividad humana general, y en ocasiones puede ser racional privilegiar creencias que

no son ni intrínseca ni instrumentalmente meritorias –por ejemplo, porque nos hacen más feliz, o hacen felices a más personas.

Notas

1 Si se cree que solo los actos pueden ser correctos o incorrectos, y que las creencias no son actos, el ejemplo todavía puede ser pertinente. Solo hay que describirlo adecuadamente. En lugar de evaluar si la creencia del engreído es racional o no lo es, se preguntará qué *escenario* es más *deseable* –si uno en el que se obtienen amplios beneficios epistémicos futuros a costo de una creencia falsa en el pasado, o uno en el que no se obtiene ninguno de esos beneficios, pero no se tienen creencias falsas.

2 Si bien no parece correcto afirmar que este escenario ideal –tener todos los beneficios de ser un engreído, sin serlo- no es lógicamente imposible, el ejemplo parece suponer que es altamente improbable (lo que puede ser parafraseado si se dice que el mundo posible en el que eso ocurre es uno suficientemente alejado de –i.e., muy diferente a- este), o lo suficiente como para que no ‘apostemos a él’ –que no actuemos y, en particular, que el engreído no actúe, como si fuese un futuro ‘factible’ (donde esto debe entenderse como ‘razonablemente probable’) Pero además, el escenario planteado por el ejemplo parece psicológicamente posible y, más aún, plausible. Esto, al menos, sostiene Christensen en el siguiente párrafo: “The envisioned possibility is not even far-fetched. In Positive Illusions. Creative Self-Deception and the Healthy Mind, S. E. Taylor presents strong evidence correlating unrealistically high self-assessments with pragmatic success. If bloated self-images could increase energy and positive attitude, it is easy to see how they could promote overall epistemic success” (Christensen 2004, p. 173.)

3 Por supuesto, esto no es más que una aproximación. Porque, así planteadas las cosas, se podría pensarse casos en los que, con respecto a un plazo de tres años, A tiene más mérito intrínseco que B, pero con respecto a un plazo de cinco años, B tiene más mérito instrumental que A. (Más aún, podríamos imaginar situaciones en las que el mérito instrumental esté alternado de modo regular –por ejemplo, que cambie cada cinco años. Así, en un plazo de diez años, A puede tener mayor mérito instrumental que B, pero en un plazo de quince, B tenerlo más que A, pero menos que A en un plazo de veinte.)

Una nueva relativización puede plantearse si se piensa que una creencia A del individuo Z puede tener mayor mérito instrumental en relación al cuerpo de creencias de Z, pero menor mérito instrumental con relación a un cierto grupo del que Z forme parte –su familia, su comunidad, su clase, su tiempo.

Estas objeciones pueden ser sorteadas por el ejemplo –o por otra versión del ejemplo- si se piensa que la creencia engreída aumenta tanto el mérito instrumental del individuo, como de todo grupo relevante del que el individuo forma parte. De forma análoga, puede pensarse que la creencia en cuestión tiene más mérito epistémico que todas sus competidoras, al menos, a partir del año en la que se la adquiere (y de ahí en adelante)

4 De modo obvio, toda creencia verdadera tiene algún mérito instrumental, si se lo piensa a éste como graduado, porque suma una creencia verdadera –i.e., ella misma- al cuerpo de creencias verdaderas del individuo. (Suponiendo, por supuesto, que las creencias con mérito intrínseco son, al menos, las verdaderas.)

5 Tal como muestra el trabajo “Reflexiones sobre la racionalidad separable” –en particular, el apartado 3-, Eleonora Cresto es una purista convencida. Tanto allí como en la discusión suscitada con posterioridad a la presentación de este trabajo (en el marco de la Mesa Redonda “Racionalidad, ideales epistémicos y grados de creencia”, como parte de las *XX Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia*), ella defendió la idea de que, en virtud de su carácter instrumental, la creencia del engreído no es racional desde el punto de vista epistémico. En esa misma discusión, y en conversaciones posteriores, Alberto Moretti defendió una opinión similar.

6 Este es el parecer de Moretti.

7 Y tal es la posición de Cresto en el mencionado trabajo.

8 Hay verdades mas relevantes que otras. También es relevante la conexión interna entre esas verdades. También lo es la adecuación empírica o la simplicidad –por referirme solo a fines que parecen distintivamente epistémicos.

9 Cresto afirma, en el trabajo en cuestión, que la racionalidad epistémica defendida por un instrumentalista no es homologable a la racionalidad práctica. Esta última tiene al menos dos características distintivas: es práctica y es local (es relativa a las creencias y deseos de un individuo en una situación espacio-temporal particular) Para que la creencia del engreído sea racional hay que desligarla de ese carácter local, y tomar en consideración hechos futuros. Pero, ¿qué tal si el valor de verdad de una atribución de racionalidad, del tipo ‘es racional para S hacer A’ –donde A es un acto (es decir, estoy hablando de la atribución de racionalidad de actos), y en particular, puede ser una creencia (estoy suponiendo que las creencias pueden ser –o son- actos)? Un relativismo al respecto dirá que ese asunto –qué valor de verdad tenga tal atribución- es relativo a la información de la que disponga el evaluador. Así, si el engreído no disponía de la información tal que justificara su creencia de que sus capacidades epistémicas eran altas (por ejemplo, si no supiera que creer eso lo haría tener, en el futuro, más creencias verdaderas que si no creyera eso), no sería racional, tomándolo a él como evaluador, creer eso. Pero nosotros, que sí sabemos de esa correlación entre creencias acerca de las propias capacidades epistémicas, y la eficacia epistémica, sí podemos decir justificadamente que es racional que él crea que sus capacidades epistémicas son altas.

Este relativismo, no obstante, es compatible con sostener que es racional, para algún evaluador dado, creer una falsedad a sabiendas de que es una falsedad, porque eso le traerá beneficios epistémicos a futuro. Es decir, este relativismo no puede explicar nuestra sensación de que hay algo incorrecto, en algún sentido, en creer una falsedad (mucho más en hacerlo a sabiendas) (No obstante lo cuál, me agrada.)

Bibliografía

- Christensen, D., 2004 Putting Logic in its place.
Cresto, E., 2009, “Reflexiones sobre la racionalidad separable”
Firth, R. 1982, “Epistemic Merit, Intrinsic and Instrumental”
Taylor, S. E., 1989, Positive Illusions. Creative Self-Deception and the Healthy Mind.